Cuba

Y

LA OPINIÓN PÚBLICA

POR

Carlos Amer



MADRID
ADMINISTRACIÓN: TRES PECES, 21 Y 23, BAJO
1897

Cuba

Y

LA OPINIÓN PÚBLICA

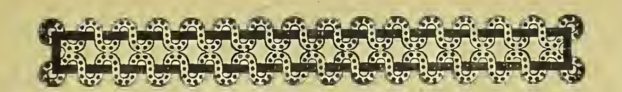
POR

Carlos Amer



MADRID
ADMINISTRACIÓN: TRES PECES, 21 Y 23, BAJO
1897

Higinio Gómez, Concepión Jerónima, 15 y 17.



PRELIMINAR

Dos procedimientos emplea la Providencia para castigar al ambicioso: unas veces hace que fracasen sus planes mejor combinados, y otras colma sus deseos por modo tal, que la misma satisfacción le produce quebrantos.

Algo más sustancioso que el maná deseó el pueblo hebreo durante su peregrinación por el desierto, y tal abundancia de codornices le concedió Dios, que el mismo pueblo llegó á considerar el beneficio como una calamidad.

Desmedida fué la ambición de los Reyes Católicos; y aquél que está sobre las Potesta-

des, dispuso las cosas de tal modo, que á ellos tocó en suerte el descubrimiento del Nuevo Mundo, con lo cual qudaban colmadas sus ansias de engrandecimiento y poderío.

Dominios tan reducidos como los de Castilla y León, acá en Europa, extendiéronse del otro lado de los mares, hasta entonces conocidos, en términos tales, que jamás ningún imperio llegó á superarlos.

No registra la Historia ambición mejor satisfecha, pero tampoco señala resultados más desastrosos; para colonizar aquella inmensidad de territorios descubiertos, hacía falta una población muy superior á la de los reinos castellano y leonés, y por esta causa no se pensó, por entonces, sino en explotar las tierras que se iban descubriendo. A ellas se trasladaron aventureros, ávidos de acaparar riquezas; y de los medios empleados para realizar sus propósitos, dan idea las múltiples disposiciones que desde el principio se dictaron y que constituyen ese monumento llamado Leyes de Indias, testimonio irrecusable de que, mientras los soberanos españoles ponían especial empeño en asentar sobre bases de moralidad y de justicia

su dominio en los preciados descubrimientos, los llamados á secundar sus planes sólo se cuidaban de amontonar riquezas, convirtiendo á los naturales de aquellos países en instrumentos para conseguir sus propósitos de lucro.

Fernando é Isabel sintiéronse amargados en los últimos días de su vida por aquella pesadumbre que les produjo el logro de sus ambiciones; las Pragmáticas suyas, que pueden leerse en la Recopilación antes citada, son como lamentos que brotan del corazón al tener noticia de los atropellos y de las depredaciones cometidas con los indios por aquellos que, impulsados por la codicia, abandonaban estas tierras de España trasladándose á las recién descubiertas, en donde se creían con derecho á todo.

Nadie pensaba, por entonces, en colonizar los nuevos dominios, á excepción de los Reyes Católicos y de algún magnate dotado de claro juicio y de ideas elevadas, y sin hacer cosa de provecho para el porvenir del Nuevo Mundo, pasó la época del emperador Carlos V de Alemania y I de España.

Del tiempo de Felipe II datan las primeras

disposiciones encaminadas á dar forma y estabilidad á la colonización de América; al monorca que tan opuestos juicios ha merecido á la Historia, le deparó el destino comenzar á sentir los efectos de las ambiciones de sus predecesores, y no puede negarse que hizo por sus dilatados dominios en el Nuevo Mundo cuanto era dable hacer, rodeado como se encontró de dificultades, con el Erario exhausto, las tierras de sus Estados en Europa medio despobladas y en lucha constante con los demás reyes y con la corte romana.

No había quien al trabajo se dedicara en España; las guerras sostenidas por el César alemán habían convertido en soldados á los hijos de esta tierra, y los nuevos descubrimientos, en aventureros á los que no sentían inclinación á las armas. Un historiador ha dicho que Felipe II, al subir al trono, se encontró con un pueblo compuesto de batalladores sin ocupación y de gentes dispuestas para todo menos para dedicarse al cultivo de los campos ó á las tareas productivas de la industria y de las artes.

A la reconstitución de sus Estados en Eu-

ropa y á organizar los dominios que la Providencia le había deparado en América, dedicó, en parte, sus afanes el fundador de El Escorial; y cabe pensar que la obra por él comenzada, hubiese dado muy buenos resultados, si los que le sucedieron en el trono siguieran sus huellas; pero los desaciertos combinados y los desastres sufridos hasta el advenimiento de Carlos III, llevaron á España á su mayor postración é hicieron de América algo así como una mina explotada por gentes desprovistas de toda idea noble y elevada.

No podía darse castigo mayor á la desmedida ambición de los Reyes Católicos; ellos vieron extendidos sus dominios allá del otro lado de los mares, pero también comenzaron á sentir los efectos de la despoblación de aquellos otros que en la Península Ibérica heredaron de sus mayores y habían conquistado por la fuerza de las armas.

Todas las ambiciones se dirigían á las tierras nuevamente descubiertas; en ellas se obtenía oro sin grande esfuerzo; allí no encontraba freno la codicia, y mientras España quedaba despoblada, América se convertía en granjería.

Ineficaces las disposiciones reales para remediar el mal que se extendía por los dominios del Nuevo Mundo, sin dotes de gobierno los representantes enviados por los monarcas, y con la vida en las nuevas posesiones mal organizada, los conflictos se reproducían y el malestar aumentaba, contribuyendo á que fueran mayor las discordias que entre sí suscitaban los mismos gobernantes.

De este modo se fué preparando la emancipación del inmenso imperio de España en América, quedando éste reducido á las islas de Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico, y más tarde, y después de algunas vicisitudes, á estas dos últimas, á las cuales conviene dedicar atención preferente en los momentos actuales; á este fin se encamina la publicación de este folleto.



Cuba y Puerto Rico leales á España

De la deslealtad de ambas islas han hecho una leyenda aquellos á quienes conviene que en España se tenga por verdad inconcusa que cada cubano y cada portorriqueño es un enemigo más ó menos franco, no solamente de la soberanía española, sino que también de los españoles; y como en esta tierra son muy contadas las personas que se paran á meditar acerca del fundamento de lo que se les da como cosa cierta, la especie ha pasado á ser artículo de fe, y muy raro será encontrar quien deje de creer á puño cerrado, que hijo de Cuba ó de Puerto Rico, equivale á decir desleal á la nación, de la cual forman parte una y otra isla.

Como una fatalidad inherente á la naturaleza de los que en aquellas tierras han nacido,

viene considerándose desde hace algunos años, la rebelión contra el dominio español, de cubanos y portorriqueños; tal es el resultado de una labor constante, sostenida por quienes tuvieron y siguen teniendo interés en que sean mirados con recelo por los Gobiernos y por la masa peninsular, todos los insulares, sin distinción; así se explica, por esa fatalidad que se da como cosa cierta, que un insular, más ingenioso que amigo de la verdad, transformara en otro muy ofensivo, un adagio aceptado de buena fe en Cuba y Puerto Rico, y según el cual, el pulpero (1) de hoy verá en su hijo á un caballero, y morirá en la seguridad de que su nieto ha de parar en pordiosero.

«Padre español, hijo laborante, nieto filibustero»; esta es la gradación que malévolamente se ha establecido sin razón ni fundamento.

Ni por fatalidad ni por otra causa cualquiera que en ellos pueda considerarse como ingénita, son desafectos á España ni los cubanos ni los portorriqueños.

(1) Pulpería es una tienda en la cual se halla de todo: comestibles, telas, mercería, quincalla, perfumería, etcétera, etc.

A la rebelión abierta han llevado á un gran número de los primeros causas muy numerosas, y por las mismas, mantiénense no pocos de los segundos en reserva estudiada, que se traduciría en rebeldía si las condiciones de la isla lo permitieran.

Sin la existencia de aquellos motivos, acaso no se hallara ni un separatista en Cuba ni en Puerto Rico. Abonan esta creencia los antecedentes, y no hay que ir muy lejos para encontrar en la historia de ambas islas hechos brillantes que ponen de relieve su afecto á España.

El grito de independencia lanzado por el vasto imperio colonial, no halló eco ni en Cuba ni en Puerto Rico; y la constitución, en República independiente, de los Estados Unidos de la América del Norte, no contribuyó tampoco, ni en poco ni en mucho, á que se relajara el afecto á España entre cubanos y portorriqueños. Unos y otros resistieron con denuedo y realizando actos de verdadero heroísmo, á las escuadras y á las tropas de desembarco enviadas por los enemigos de España para que se apoderasen de aquellas islas.

Constituye una página de las más brillantes en la historia de los pueblos que pelean contra un invasor la defensa hecha por la Habana, en el reinado de Carlos III, y no fué menos heroico el comportamiento de los habitantes de Puerto Rico ante la insistencia del almirante Drake.

No; la idea separatista en los territorios que de su imperio le quedan á España en América, ni es ingénita en sus habitantes ni nace de la fatalidad; es la consecuencia, según más arriba queda apuntado, de causas muy complejas; es el resultado que forzosamente habían de dar hechos que se enlazan unos con otros; males que, lejos de ser remediados, se han ido agravando con el tiempo.

Conveniente será, para el fin á que este folleto va encaminado, examinar, aunque no sea con gran detenimiento, aquellas causas, y poner de relieve estos males, concretando á Cuba la atención, ya que en más reducida esfera y con menor intensidad, se han presentado y desenvuelto unos y otros en Puerto Rico.

Cuba explotada

No hay para qué repetir que España no ha sido nación colonizadora; ha explotado los territorios que descubrió y no en beneficio propio, sino en provecho de unos cuantos. Por cada onza de oro que, procedente de América, ha ingresado en las arcas del Tesoro español, los particulares se han aprovechado de un centenar. Las órdenes religiosas y los funcionarios públicos encontraron siempre en aquellos dominios medios fáciles de adquirir fortuna. El gobierno de la Metrópoli, muy rara vez prestó atención á los asuntos del Nuevo Mundo, fuera de los casos en que á sus representantes les pedía dinero. ¡Buena estuvo España para colonizar, durante los reinados que sucedieron al de Felipe II, hasta el de Carlos III!

La memoria de este monarca será imperecedera en América, aun emancipada de la madre patria; después de él volvió á reinar el caos, y España, unas veces para atender á su propio territorio en Europa, y otras, empeñada en luchas civiles como ha estado, jamás pudo ocuparse en lo que á sus colonias pudiera convenir.

Cuando, terminada la primera guerra civil, comenzaron los españoles á vivir la vida moderna, algunos se acordaron de Cuba, de que los productos de aquella tierra valían mucho dinero, de que eran muy solicitados en los mercados extranjeros y de que existiendo, como existía, la esclavitud, con poco gasto podían obtenerse considerables ganancias.

Se inició entonces algún movimiento en la isla, fundáronse buen número de ingenios, y del comercio de esclavos se hizo uno de los tráficos principales, amasándose de este modo muy considerables fortunas de que hoy disfrutan gentes que supieron aprovechar entonces las circunstancias y ahora ostentan títulos nobiliarios y hacen cuanto pueden para rebasar el esplendor de la nobleza hereditaria.

De aquella época arranca la actual manera de ser de la isla de Cuba; quien ha dispuesto de alguna influencia entre los políticos españoles, allí ha ido como empleado, viéndosele regresar á los pocos años con un caudal que en modo alguno pudo reunir, ni aun haciendo las mayores economías en su sueldo; allí fué permitido todo, con tal de permanecer sometido á la autoridad omnímoda del Gobernador general, rey absoluto, que desde su palacio se ha reído del Gobierno de la Metrópoli y de las Leyes votadas en Cortes.

Como la isla lo produce con facilidad, de allí se ha sacado dinero á manos llenas; de fomentar la natural riqueza nadie se ha cuidado; obras públicas apenas podrán señalarse; vías de comunicación no existen, sino muy contadas y de muy cortos trayectos; las poblaciones, en su inmensa mayoría, no están urbanizadas, y la capital de la isla, la misma Habana, dista mucho de corresponder á las inmensas riquezas que por ella circulan.

Si España fuera nación colonizadora, la isla de Cuba no estaría como está, solamente poblada en un tercio de su territorio y no habría

en ella sino habitantes muy adictos á la soberanía española; pero á la conducta observada por los gobernantes enviados por la Metrópoli han seguido las naturales consecuencias, y así ocurrió la pasada guerra y ocurre ahora que se sostiene potente la insurrección iniciada en Baire, sin que se vislumbre su término, pues ya se está viendo que por la razón de la fuerza no se alcanza y no se halla razón que tenga fuerza bastante para contener á los insurrectos.

Natural parecía que la pasada guerra hubiese enseñado algo á nuestròs gobernantes; pero no fué así por desgracia, para España y para la isla de Cuba.

Antes de estallar aquí la revolución de Septiembre habíase formado allí un estado de derecho difícil de definir; la isla, sin auxilio alguno de España, alcanzó un grado de prosperidad asombroso; con capitales extranjeros y con crédito venido del extranjero, se habían instalado las maquinarias más perfeccionadas para la extracción del azúcar; el cultivo del tabaco se había perfeccionado y extendido, y el del café daba rendimientos muy pingües; pero el comercio, ese lazo de unión entre los pueblos,

era casi nulo con España; Cuba lo sostenía con otras naciones, figurando en primer término los Estados Unidos.

De la renta de Aduanas y de las demás rentas, todas muy considerables, no se destinaban sino muy exiguas cantidades á obras de utilidad para la isla; sobre ella caían gentes ávidas de riqueza y no se reparaba para conseguirla en género alguno de negocios. Los naturales del país comparaban el modo con que eran administrados y gobernados con el gobierno y la administración de los peninsulares, como ellos españoles, y de la comparación sacaban la consecuencia de que no se les trataba como á súbditos sino como á siervos, sujetos á la dura condición de ser explotados. ¿Qué más? Veíanse continuamente menospreciados por los mismos peninsulares, que iban allí á enriquecerse y así lo pregonaban, maldiciendo á cada momento de aquella tierra, de aquel sol y de aquella gente.

La línea divisoria entre insulares y peninsulares no tardó en establecerse; agriáronse las relaciones entre unos y otros, y el propio espíritu de conservación no tardó en formar dos

bandos; en uno los peninsulares, creyéndose fuertes para todo, como dominadores; en otro, los insulares, considerándose víctimas del despotismo y de la rapacidad de los españoles. Así denominaron á los naturales de la Metrópoli, sin atender á que, por su origen ó por tradición, tan españoles eran los unos como los otros.

Aquí, en el mismo punto en que la división quedó establecida, emprendió su obra la diplomacia de los Estados Unidos de la América del Norte, que desde mucho tiempo se había encariñado con la idea de anexionarse la isla de Cuba.

El partido anexionista contó en sus filas á la gran mayoría de los insulares, y los trabajos de propaganda se hicieron durante algún tiempo en plena plaza pública y á la luz del sol; poco después, cuando las autoridades y el núcleo peninsular se dieron cuenta de lo que sucedía, el partido aquel cambió de táctica y de nombre, continuando sus tareas para preparar la emancipación de la isla, contando siempre con el apoyo de los Estados Unidos.

Se llamó reformista y no dejó, ni por un

momento, de mostrarse adicto á España; pero comenzaron á mostrarse desconfiadas las autoridades de la isla y recelosos los peninsulares, y la división quedó bien marcada, en los momentos mismos en que en la Península se preparaba la revolución de Septiembre y cuando los hombres que la organizaban se habían entendido con los cubanos haciéndoles ofertas de radicales reformas para cuando triunfaran.

Alcanzaron el triunfo, en efecto, y como las reformas no vinieran tan pronto como las deseaban los insulares, se dió el grito en Yara, que tanta sangre y tanto dinero costó á España, hasta el momento de la paz del Zanjón.

Aunque á grandes trazos, ha sido necesario indicar cómo y de qué modo se ha ido elaborando en Cuba el proceso del separatismo, para que con los antecedentes necesarios pueda juzgarse, por modo aproximado, del estado en que el asunto se halla entre aquella isla y la soberanía de España.

De lo expuesto se desprende que en la paz del Zanjón se convino de una y de otra parte, en olvidar lo pasado. España se comprometió á velar por el bienestar y la prosperidad de

Cuba, y ésta borraba sus agravios con tal de que la Metrópoli cumpliera sus compromisos. Cuba permanecería fiel á España, y España sería para Cuba una madre solícita. Insulares y peninsulares serían iguales en territorio cubano y en las tierras de la Península; el gobierno y la administración responderían al modo de ser de Cuba, y la prosperidad y la paz en la isla respondería á la idea del bien deseado por los hijos de Cuba y por los hijos de la Metrópoli.

¡Hermosa idea la que sirvió de base al convenio del Zanjón! Comenzaba desde aquel punto nueva era para la Metrópoli y para Cuba. El pasado serviría de enseñanza á los de acá y á los de allá; la experiencia de lo acaecido quedaba siempre ante la vista de unos y otros para separarse del error y para avanzar con paso firme por la senda del progreso.

¿Los hechos han correspondido á los propósitos de aquellos que celebraron el convenio del Zanjón?

Con ponerlos de manifiesto se verá claramente que los Gobiernos de la Metrópoli han faltado á los compromisos contraídos.

El mayor de los errores

Cuando Inglaterra se propuso cambiar de raíz el estado de derecho y la forma administrativa en el Canadá, envió á un estadista notable, investido de amplias facultades para que, ilustrado por aquellas personas que por llevar largos años de residencia en aquel país ó por haber nacido en él, sometiera al Gobierno de la Metrópoli las leyes que hubieran de implantarse. El resultado de esta medida no pudo ser más satisfactorio, y hoy, aquella colonia, que estuvo á punto de sacudir el dominio de la Gran Bretaña, vive muy á gusto sometida á la soberanía inglesa y prospera por modo tal, que produce asombro entre los mismos yankees.

Parecía natural que la experiencia de lo que ha ocurrido en el Canadá sirviera de algo

en España; pero no fué así. Los gobernantes de por acá, sin tener en cuenta el cambio tan radical que había de experimentar la isla de Cuba, quisieron legislar desde Madrid, sometiendo la tarea á ministros que saben de la existencia de aquella isla porque la ven en el mapa, pero que desconocen por completo su manera de ser y no pueden formarse idea de la vida íntima que allí se lleva y de las necesidades á que es preciso acudir.

Todo iba á sufrir profundas modificaciones en el organismo cubano; la propiedad, por consecuencia de la abolición de la esclavitud; la producción, como resultado de quedar transformado en libre el trabajo forzoso de los esclavos; el comercio, por la diferencia que habían de experimentar en los precios las producciones; la familia, como resultado de su nueva organización; las leyes, para responder á las exigencias de la personalidad nuevamente adquirida por los libertos ó manumitidos, y el Código, en fin, por la razón de que había de formarse para que á él se ajustaran los tribunales cuando, ante su juicio, se presentaran ciudadanos de tan diversa índole como habían

de serlo los nuevos libertos y aquellos que siempre gozaron de los derechos inherentes á la naturaleza humana.

El fracaso en esta obra de reconstitución no pudo ser mayor; sin plan fijo, atendiendo hoy á los consejos ó á las indicaciones de unos, aceptando como patrióticas mañana, las demandas ó los consejos interesados de otros, se legisló en todos sentidos y siempre mal: pueblo de tan diversa índole y compuesto de individuos pertenecientes á razas tan distintas, quiso gobernarse como éstos de la Península en que la unidad, prescindiendo de ligeros matices, es la nota característica; de ahí nació la idea de la asimilación, formándose una teoría por todos conceptos absurda, pero muy de la conveniencia de aquella agrupación política que tenía acaparado el españolismo.

Por aquel método de gobierno quedaban excluídos de los más elevados cargos en la gobernación y administración de la isla los hijos de la misma; y si bien se les reservaba el derecho de ser oídos en Cortes, sabido es cómo se han hecho las elecciones de diputados en la gran Antilla, y cómo la voz de los muy conta-

dos que traían la verdadera representación de sus connaturales se perdía en la barahunda de las discusiones, á que sin provecho para el país se ha entregado casi siempre el Parlamento español.

La prensa libre de la isla quiso reflejar el pensamiento y las naturales aspiraciones de los insulares, y la que allí mismo se hallaba sostenida por el Gobierno y por el grupo de los que para sí pretendían la exclusiva de españolismo lanzaba contra aquélla los más terribles anatemas; de laborante era calificado quien mostraba estar mal avenido con aquel estado de cosas, y de separatista quien tenía el atrevimiento de hablar de autonomía.

Cuando las autoridades superiores de la isla intervenían en la contienda, cosa sabida es que siempre se inclinaban del lado de quienes se habían abrogado el derecho de expedir patentes de españolismo. Para ellos estaba reservada la explotación de los pingües negocios, para ellos las altas prebendas, para ellos, en fin, la influencia decisiva en la dirección de todos los ramos de la pública administración.

Hablar de autonomía fué considerado como

delito de lesa patria durante mucho tiempo; los periódicos que por modo más ó menos claro exponían en sus columnas las ventajas que á la isla habría de reportar este sistema de gobierno, sufrieron los rigores de la Ley, y sus partidarios fueron tachados de separatismo.

Y mientras en la esfera del entendimiento sosteníanse luchas tan encarnizadas, de la Metrópoli llegaban las leyes y los decretos más contradictorios, formando más bien que un estado de derecho un verdadero laberinto; y allá seguían arribando á la capital de la isla, gobernadores generales, siempre complacientes con el grupo de los definidores de españolismo, empleados con el propósito de defraudar al Fisco, jueces y magistrados dispuestos á interpretar el Código y la Ley según su conveniencia, todos los protegidos de los hombres políticos que al llegar á los Consejos de la Corona, dábanse prisa por satisfacer el ansia de dinero continuamente manifestada por aquellos sus paniaguados.

Tal es el cuadro que puede trazarse de Cuba en lo que, si bien se mira, constituye su parte moral: en la material ha de considerárse-

la pasando por una crisis económica cual jamás pueblo alguno la atravesó.

Con las condiciones de su producción y de su comercio profundamente alteradas; con el crédito mermado en sus establecimientos bancarios, hasta el punto de sufrir el papel en circulación una depreciación que rebasó, en algunas temporadas, el tipo de un cincuenta por ciento; con dificultades en los mercados en que podían encontrar salida sus productos, por causa de los Tratados; con una deuda enorme y sin esperanza de auxilio de la Metrópoli.

Pues á la suma de estos males aun ha de añadirse otro mayor, el que forzosamente había de traer la formación de familias constituídas de repente, sin preparación de ningún género, sin guía, sin campo de acción para sus actividades; porque ha de tenerse en cuenta que la sociedad está de tal modo constituída en Cuba, que allí no tiene esfera de acción la clase media; que los oficios no se ejercen, como no sea en sus manifestaciones más toscas y que las artes no hay quien las cultive; lo cual da como resultado la existencia de una población harto numerosa, que no estando en aptitud de

aplicarse á las tareas del campo, vaga por los poblados, arrastrando una existencia miserable y formando para el porvenir los planes más descabellados.

¿Se quiere terreno mejor preparado para que en él fructifique la semilla, sin interrupción esparcida por los anexionistas de los Estados Unidos y por la de independencia, que no dejaron de arrojar los jefes sometidos de la pasada guerra, así que vieron que se faltaba á lo pactado en el Zanjón?

Pues una y otra semilla fueron germinando entre los insulares, que hallan todos los horizontes cerrados y las razas de color, á las cuales la blanca no ha sabido atraer por la dulzura del trato y la elasticidad en las relaciones.

¿Quién será osado á negar el antagonismo, que bien pudiera traducirse en odio, entre las clases de color y la raza blanca?

Pues un problema de tamaña trascendencia, ni se ha intentado resolverlo por parte de la Metrópoli.

A nuestros ministros de la Guerra no se les ha ocurrido formar, con lo más selecto y más ilustrado de las clases de color, algunos cuer-

pos que hubieran sido un poderoso auxiliar para un ejército colonial; en las dependencias del Estado no hallan cabida individuos de aquellas clases que prestarían señalados servicios y serían firme sostén de la lealtad á la madre patria; y como nunca hubo idea de colonización, allí no se han transportado los gérmenes para la implantación y desarrollo de tantas industrias y de tantas artes de utilidad inmediata é indispensable como podrían dar ocupación á buen número de brazos.

¿Qué han de hacer éstos, cuando están sin ocupación, sino transmitir su actividad al cerebro disponiéndolo para elaborar los proyectos más descabellados?

Las clases de color abandonadas á sus propios instintos, reconcentrando su atención en sí mismas, trayendo á la memoria el trato casi siempre inicuo á que estuvieron sometidas, presintiendo que de cualquier modo que la isla se organice han de quedar como excluídas del concierto entre los blancos, ¿cómo no han de prestar atención al caudillo de su mismo matiz que se les presente asegurándoles que por su número y por sus condiciones físicas pueden

triunfar del elemento blanco y alzarse con el territorio de la isla y con los bienes que los blancos poseen?

Y si el caudillo demuestra que cuenta con el apoyo de una poderosa nación, que de ella han de ser enviadas las armas y las municiones y aun las vituallas necesarias para sostener una lucha que ha de conducirles indefectiblemente á la victoria, ¿pensará de modo razonable quien crea que aquél no ha de ser oído y que sus planes no han de verse secundados por los mismos á quienes tanto halagan?

Pues véase como se ha ido fomentando la lucha de razas, que es uno de los aspectos que la insurrección cubana ofrece en los actuales momentos.

El peligro puso en guardia á los mismos blancos que proseguían sus trabajos para conseguir un cambio radical en las formas de gobierno y administración de la isla, y salvo muy contadas excepciones no se repitió la palabra independencia entre aquella población insular, más ilustrada de lo que en la Península se cree y que se pasa la vida formando castillos en el aire por no encontrar ocupación más lucrativa

á que dedicarse. Para los insulares que poseen bienes de fortuna, el problema se iba complicando, pues la anexión á los Estados Unidos ofrece ventajas muy problemáticas, y la independencia, una vez conseguida, convertiríase para ellos en causa de su ruina y probablemente de su muerte.

Para salir del atolladero se buscó un término medio y fué aquél la implantación de un sistema de gobierno autonómico para la isla, el cual, andando el tiempo, bien podría colocarla en condiciones de proclamar su independencia.

Pero este sistema de gobierno, mal podía ser aceptado por los que en Cuba quieren á toda costa conservar su influencia ocultando sus miras interesadas con el manto del españolismo más puro.

Interviniendo en la dirección de sus destinos y en la administración de sus rentas los naturales de la isla, se acababa el monopolio por espacio de tantos años ejercido. Los protegidos enviados por los Consejeros de la Corona no llegarían á Cuba para improvisar fortunas por modo escandaloso; los jueces y ma-

gistrados no tendrían interés en dictar sentencias y fallos á gusto de los personajes que les sirven de padrinos y no podrían realizarse tantos negocios, que siendo ruinosos para la isla, se llevan á cabo para que se enriquezcan unos cuantos favorecidos por algunos gobernantes y aquellos gobernantes mismos.

—¡Autonomía!—gritaron los fariseos del españolismo en Cuba.—¡Jamás!—Tanto valdría proclamar la independencia de la isla y eso no lo hará España, porque forzosamente ha de conservarla en su dominio.

Y desde el punto mismo en que se lanzó aquel grito, empleáronse todos los medios para hacer sospechosa la idea autonomista y para dirigir el odio contra los que se atrevieran á propagarla y defenderla.

Trajéronse á cuento los destinos que España ha de cumplir en América, se avivó el amor propio, jamás adormecido, de los peninsulares, y tratóse de llevar al ánimo de las gentes el convencimiento de que la pérdida de la isla de Cuba traería en pos de sí la ruina y, lo que es peor, la deshonra de España.

En pleno Parlamento lanzáronse terribles

anatemas contra los autonomistas y se cometieron muchos desmanes y atropellos antes de que el más alto tribunal de la nación declarase que la idea de autonomía no envuelve la de un delito y que se puede ser muy partidario del régimen autonómico sin dejar de ser español muy perfecto.

Como se ve por lo que expuesto queda, el error de los gobiernos peninsulares, negándose durante largo tiempo á reconocer en la autonomía una virtualidad que no tuvo ni podía tener la asimilación, fué de los más graves que se han cometido en el transcurso de la dominación de España en América; y el reconocimiento de la compatibilidad de aquel sistema de gobierno con la soberanía efectiva de España en la isla de Cuba, el fracaso más tremendo de la política desacertada que por largo espacio de tiempo se mantuvo.



Nuevos errores y sus consecuencias

Proclamada la legalidad de la autonomía, no por eso cesaron las persecuciones contra los autonomistas; allá, en Cuba, eran mirados con recelo y se les trataba con la mayor desconfianza; desde la Península se hacía cuanto era dable para que la idea no prosperase. Aquí, los gobernantes negábanse á que se les hablara de régimen autonómico; en Cuba, los escritos publicados por la prensa autonomista eran siempre interpretados por modo malévolo.

Enconábanse allá las pasiones y aquí manteníanse cruzados de brazos los que al mal podían y debían aplicar pronto y eficaz remedio; y en tanto que el Gobierno de la Metrópoli permanecía indeciso entre aceptar uno ú otro

partido después del fracaso de la asimilación, sus representantes en la isla inclinábanse más del lado de aquellos que, alardeando constantemente de españolismo, realizaban sus negocios muy cómodamente.

El malestar cundía entre los insulares acaudalados y aquellos otros que componen la población instruída que no halla esfera en la cual desenvolver sus actividades; la idea de preparar un nuevo movimiento separatista volvió á iniciarse una vez más y fué acariciada por el partido anexionista de los Estados Unidos; pero surgió nuevamente la dificultad que habrían de ofrecer las clases de color.

Seguramente que secundarían el movimiento que se iniciara y más, contando con el apoyo de los norteamericanos; pero ¿se dejarían someter por la raza blanca?

Ellos contaban con sus jefes que dieron pruebas de pericia y de bravura en la guerra pasada; ¿por qué habían de cambiarlos por otros en la que se preparaba? Además, ¿iban á luchar ellos, los hombres de color, por aquellos que los esclavizaron?

Estas consideraciones contuvieron el mo-

vimiento de insurrección que comenzaba á iniciarse contra el dominio de España; y en el punto mismo en que los trabajos revolucionarios quedaron paralizados, comenzó á dibujarse la lucha de razas que se preparaba.

El hecho no pasó inadvertido para las autoridades de la isla y el Gobierno de la Metrópoli; como medida salvadora, creó las colonias agrícolas militares, de las que se prometían sus promovedores beneficiosos resultados, pues habían de contribuir á la prosperidad de la isla y á crear lazos de afecto entre las clases de color y la raza blanca.

Murieron aquellas colonias apenas nacidas; ¿y cómo no había de experimentarse el fracaso que produjeron, cuando los que fueron á formarlas desconocían los medios de cultivo que habían de emplear y carecieron de todo lo necesario para la explotación que intentaban?

En las empresas de colonización, la experiencia tiene demostrado que el Estado hace mucho sirviendo de auxiliar entendido en unos casos, de fiador solvente en otros; pero que puede muy poco cuando las dirige por sí mismo.

Un pueblo rico y emprendedor como el francés, ha colonizado, en muy corto número de años, la vasta colonia argelina, al mismo tiempo que la conquistaba por las armas; pero sucedió en Argelia, que á medida que la conquista se realizaba, llegaban brazos para hacer productivas las tierras incultas, y la iniciativa particular, el comercio y la industria, apoyados por el Estado, facilitaban cuanto era menester para la obra de la colonización.

Allí se han construído cuantas obras públicas se han considerado necesarias y los capitales han afluido para contribuir al fomento de la riqueza en la nueva posesión.

¿Ha hecho la Metrópoli algo de esto en Cuba ni estaba en condiciones de hacerlo?

Bien administrada la isla y manteniendo allí una población peninsular que se interesara por el desarrollo de la natural riqueza, claro está que aquélla sería hoy, al cabo de los años de dominación española, acaso la posesión más rica del mundo. Pero allí, los peninsulares que han arribado, en su inmensa mayoría, no han ido guiados de otra mira que la de hacerse con una fortunita para disfrutar de ella en los últi-

mos años de su vida en la tierra que los vió nacer. Lo demás, de que la isla prosperase ó no, se les importaba á ellos un ardite.

Los mismos funcionarios públicos han ido allí, más que á cumplir con los deberes de su cargo, á disfrutar del mayor sueldo que se les tiene señalado y con la esperanza de regresar á la Península con algunos ahorros que hicieran llevadera la cesantía ó más agradable la jubilación. Cuanto á la buena marcha administrativa de la isla pudiera referirse, les tuvo siempre sin cuidado; su mira estaba puesta en el regreso á la tierra en que nacieron y ansiaban de continuo por el viaje anhelado.

¿Qué gérmenes de españolismo habían de dejar en Cuba unos emigrantes y unos funcionarios como los que allí fueron? Ninguno, seguramente. Más bien pudieron dejar, y han dejado, en efecto, motivos de desvío á la madre patria.

Inglaterra también ha podido colonizar y ha colonizado; ahí están su imperio de la India, sus colonias del Cabo y tantas otras posesiones que son hoy emporios de riqueza; pero Inglaterra ha sabido aprovechar las condiciones de

los naturales de aquellos países, auxiliándoles con todo aquello que les ha hecho falta.

Por cualquier lado que se mire, la dominación de España en América, y particularmente en la isla de Cuba, ha sido un puro fracaso; y como si la Providencia se complaciera en castigar con sus desaciertos su ambición desmedida de dominio, cuanto mayores son estos y más caros le cuestan, más se aferra á la posesión de aquella isla.

Ni el quebranto enorme que le produjo la pasada guerra ni los miles de bajas sufridas por su ejército, han servido para hacerla cauta y para que sus gobernantes mirasen bien lo que hacían antes de afrontar otra insurrección que había de ser forzosamente más formidable que la anterior.

Se la sentía avanzar como ola devastadora, y cuando la prudencia aconsejaba oponer fuerte dique, se dejó sin defensa el terreno, y la revolución pudo enseñorearse de la isla de Cuba en cuatro días, no bien fué iniciada.

Sólo dos patriotas, cuyos nombres deben ser conservados en la memoria, los Sres. Gamazo y Maura, auxiliados por otras personalidades

de valía, peninsulares unos é insulares otros, intentaron contener la insurrección. Al efecto, el Sr. Maura, que desempeñaba la cartera de Ultramar, presentó un plan completo de reformas para la isla de Cuba. El proyecto había sido aceptado por elementos poderosos que podían contener á los insurrectos; las nuevas leyes habían de llevar la tranquilidad á los ánimos y de robustecer el dominio de España en los restos de su poderío en América; la administración se haría en el país y para el país; comenzaría, para decirlo de una vez, la era verdadera de la paz y de la prosperidad en la isla de Cuba.

Pero ya se ha dicho que Dios ciega á los que quiere perder, y cegó á los representantes en Cortes para que España se perdiera: el proyecto presentado por el Sr. Maura y apoyado por personalidades de tanta significación en la vida antillana, no se aprobó: las reformas propuestas sufrieron tan radicales modificaciones, que de ellas no vino á quedar sino el recuerdo.

Ambos patriotas, los Sres. Gamazo y Maura, y cuantos aceptaron las rechazadas refor-

mas, fueron llamados separatistas más ó menos encubiertos, y contra unos y otros se movió la opinión hasta conseguir que dimitiese el cargo de Consejero responsable el autor del proyecto.

A los pocos días, por los flancos de la manigua asomaron los primeros insurrectos lanzando los gritos nefastos de ¡Muera España! ¡Viva Cuba libre! que tanto dinero y tanta sangre costaron aun no hace veinte años, y que llevaron la desolación y el luto de uno á otro confín de la Península española y de un extremo á otro de la isla de Cuba.

¡Tristes destinos los de España! Mal repuesta de los quebrantos producidos por dos largas y sangrientas contiendas en el interior y por una guerra colonial porfiada, los desaciertos de sus gobernantes la llevan á un conflicto tremendo en el que ha de habérselas con dificultades que bien pueden considerarse como insuperables, pues en el problema cubano, según se verá más adelante, cada factor representa algo que para los españoles equivale á un imposible.

El Gobierno y la opinión pública

Es defecto, que parece inherente á los Gobiernos españoles, el vivir siempre alejados de la opinión pública. Verdad es que ésta, propiamente hablando, no usa de los medios que tiene á su alcance para manifestarse, y deja que se expresen en nombre suyo, individuos que siempre hablan llevados de algún interés particular.

Dícese por ahí que la prensa es el eco de la opinión, y que aquélla en ésta se inspira, pero esto no es verdad: los periódicos no reciben ningún género de inspiraciones del público; y si son más ó menos leídos, consiste en que unos contienen mayor número de noticias que otros, en que la información es más fresca, según la frase empleada en el caló de las redacciones, ó en que publican crónicas más vivas ó

composiciones más amenas. Es de advertir, asimismo, que en esto de la lectura de los periódicos, la moda, el buen tono y la costumbre entran por mucho. Títulos de periódicos pueden citarse que muchas personas repiten para que se las considere de buen gusto; algunos que no es posible nombrar, sin daño para el que los trae á cuento, y otros que se repiten hasta con cariño, porque vienen á constituir algo de la naturaleza propia. El que llamó á *La Correspondencia de España* «gorro de dormir», dijo acaso algo más de lo que quiso expresar.

Los periódicos de partido son unas hojas redactadas por personas muy respetables, que tratan de ahorrar á sus lectores el trabajo de discurrir, y lo consiguen en algunos casos, no en todos; porque cuando el asunto á que el discurso se contrae no lo resuelven, según el sentir del que lee, éste, unas veces á voces y otras entre dientes, protesta de aquella solución y no se aparta, por más que le diga el periódico, de la idea que se ha formado. Son, pues, los tales periódicos de partido, en su parte doctrinal, como los sermones, que muchos oyen, sa-

biendo de antemano lo que han de oir y no estando en todo conformes con lo que se les dice.

Ahora son varios los periódicos que han dado en llamarse independientes, para dar á entender que no tienen compromisos adquiridos con ningún partido y que, con serenidad de juicio y con la mira puesta en el interés general, aplauden ó motejan los actos del Gobierno, según que lo que se propone hacer ó lo que ha hecho, haya de redundar ó redunde en bien de la nación. Tales periódicos son la peste más devastadora que puede desarrollarse, porque con ellos no se va nunca seguro á ninguna parte. Donde hoy dicen blanco, no es difícil que mañana digan negro, según le pique el humor al que escribe, ó del lado á que se sienta inclinado aquel que dirige la publicación.

Resulta, pues, que los periódicos de partido, porque han de sujetarse á un criterio que se les da hecho, y los independientes porque sin responsabilidad pueden cambiar de sentir, son malos guías para el pueblo y peores órganos de la opinión pública para el Gobierno.

Fuera de la prensa periódica, pudieran saber los que gobiernan, del estado de la opinión por los representantes en Cortes; pero basta tener presente cómo se hacen las elecciones en España y á qué van, con raras excepciones, á las Cámaras los Diputados y Senadores, para que salte la evidencia de que tampoco por aquel lado han de ilustrarse los gobernantes acerca de lo que piensa y de aquello á que aspira la mayoría de sus gobernados. Todo esto, sin contar conque en España á los hombres de gobierno les preocupa muy poco ó nada lo que los demás piensan ó quieren, porque la costumbre ha establecido que cada Gobierno, cuando llega al poder, desarrolle su plan propio para recabar la gloria que le corresponde, si los resultados son buenos, y para quedar irresponsable si los efectos son dañosos.

Concretando ahora, después de esta digresión necesaria para la mejor inteligencia de lo que sigue, fuerza será afirmar que si la opinión pública prestara atención á lo que le interesa y se manifestase como debe, la insurrección de Cuba no se hubiera producido.

Los preparativos para lanzarse los insu-

rrectos á la manigua no se hicieron tan en secreto que de su realización dejaran de tener conocimiento el Gobierno, sus amigos y los personajes más conspicuos de la oposición. Ahora mismo está fuera de duda que la insurrección quedó aplazada varias veces; tantas como se les dieron á los que la preparaban ó patrocinaban, esperanzas de que se implantarían las reformas necesarias para que la isla de Cuba pudiera moverse con desembarazo á la sombra de España. Del dominio público fué, en gran parte, lo que tramaban los descontentos cubanos y los trabajos que se preparaban para evitar que el grito de rebelión se lanzara. Como de pasada, casi con desdén y cual si de asunto de escasa monta se tratara, decíanse las gentes entre sí que en Cuba se preparaba algo muy grave, y que las consecuencias, de realizarse los proyectos de que se tenían noticias bastante exactas, podían ser fatales. Pero nadie pasó de ahí.

Claro está que la opinión pública, por sí misma no se manifiesta; para que se dé á conocer, necesario es agitarla; y eso fué lo que no se hizo mientras los insurrectos se prepara-

ban, como tampoco se había hecho en otras naciones.

Si los representantes del país que forman en la oposición hubiesen dado la voz de alerta exponiendo el riesgo que se corría, ciertamente que la opinión pública se hubiera manifestado, contraria ó favorable á sostener una guerra ó á conceder aquello que los cubanos solicitaban.

Pero no se procedió de esta manera, sino de modo muy distinto; mirando, no por los intereses del país, sino por los propios, se dijo en las Cortes: «No hay reformas para Cuba, tales como los cubanos las solicitan». Y no bien dicho esto en el Parlamento español, resonó allá en las soledades de la manigua el grito de ¡Viva Cuba libre! La queja no atendida quedaba convertida en rebelión.

Una vez más se trató de contener á los insurrectos, pero no dieron resultado las gestiones. Todo el patriotismo del general Martínez Campos, el tacto empleado, su voluntad y su vida puestos en juego para conseguir que los rebeldes depusieran las armas, trajeron un tremendo fracaso, dando mayores alientos á la insurrección.

Crecieron las exigencias de los rebeldes y pedían ahora más de lo que se les había negado; y en este punto el Gobierno se vió en el caso de no saber qué partido adoptar, según se desprende de las declaraciones solemnemente hechas por el Sr. Cánovas del Castillo en las Cortes: «Llegaré, vino á decir en sustancia, hasta donde me empuje la opinión». Lo cual vale tanto como decir: «No sé en dónde me detendré, porque no sé á dónde voy.»

Y en efecto, ni el Sr. Cánovas ni nadie sabía entonces á dónde iban, como no saben ahora tampoco á dónde van.

A la opinión invocaba en aquellos momentos de apuro el presidente del Consejo de Ministros, siendo así que como hombre de gobierno siempre la despreció; sirvióse de ella como de un baluarte, y parapetado detrás de él proclamó que por mediación del general Weyler pondría fin á la guerra con la guerra; y lo proclamó así sin tener la seguridad de que había de cumplirse lo que ofrecía, sin que se le ocultaran las complicaciones que había de traer consigo aquello de poner término por las armas á una insurrección como la de Cuba, en

la cual todas las ventajas están de parte de los insurrectos y todo el daño del lado del sufrido y valeroso ejército que contra ellos pelea.

No; la opinión pública no se manifestó en aquel caso como no se ha manifestado aún; de manifestarse, hubiera puesto de relieve que para terminar la guerra por la guerra habría necesidad de hacérsela, más bien que á los insurrectos que se refugian en las escabrosidades de la manigua, á los yankees que les facilitan hombres, municiones, vituallas, máquinas destructoras como no se usan en ninguna guerra sostenida entre gentes civilizadas; á los yankees, que cubriendo las formas diplomáticas, se venden como muy amigos de España y tratan de saquearla preparando reclamaciones que han de alcanzar sumas fabulosas; á los yankees, en fin, que tienen la garra siempre dispuesta para anexionarse á Cuba.

Y entonces la opinión pública hubiese preguntado al Gobierno si contaba con medios para hacerse fuerte con los Estados Unidos; si disponía de una escuadra tan poderosa como se necesita para empresa de tal índole y si tenía reservados en las arcas del Tesoro los mi-

llones necesarios para emprender una campaña tan costosa.

Le bastó al Gobierno escuchar la vocinglería de cuatro periódicos para adoptar resoluciones tan extremas como la de enviar doscientos mil hombres á Cuba, con armamentos y municiones que no se han pagado en su mayoría, quedando á deber el pasaje, hipotecando las escasas rentas que tenía libres, tomando nuevos préstamos sobre las que ya tenía hipotecadas, gestionando en el extranjero un empréstito que no llegó á realizar por las condiciones onerosas que se le imponían, y verificándolo á la postre en casa, dando en garantía una renta como la de Aduanas y con interés subido, para fomentar así más y más la usura entre los capitalistas españoles, que algunos quieren hacer pasar por grandes patriotas, cuando en la ocasión presente trafican con la honra de España y con la sangre de sus hijos.

Allá fueron, sí, en las condiciones que quedan apuntadas, doscientos mil hombres y luego más; y después de pelear con bravura contra los insurrectos, allí van quedando sepultados los que no regresan consumidos por la fiebre ó

inútiles por heridas que recibieron en combates empeñados.

Pero la guerra por la guerra no se acaba; los insurrectos saltan de un punto á otro con facilidad que asombra; llevan su audacia á las puertas mismas de la capital de la isla; y territorio que hoy se da por pacificado, mañana dícese que se halla nuevamente invadido por los insurrectos y se corrobora la noticia, dando cuenta de los últimos combates con ellos sostenidos.

Los resultados de la campaña no son otros que la devastación de la isla, disminuir en la Península por millares el número de brazos útiles para el trabajo, formar aquí, con los soldados que regresan por enfermedad ó heridos, una población expuesta á perecer de hambre si en su auxilio no acude la caridad pública, abrumar al Erario con una deuda exorbitante y extender la desolación y la ruina por todas partes.

No se sabe ahora, ni se sabrá en mucho tiempo, los millones que la guerra lleva consumidos; de lo que sí se tiene noticia segura, es de que el Erario español no puede con carga

tan pesada; que allá en Cuba se adeudan á las tropas y á los funcionarios públicos varias mensualidades; que aquí en la Península se han aumentado los impuestos y que en el Ministerio de Hacienda, para salir del apuro de momento, no se sabe de qué echar mano.

Pues á un estado de cosas tan abrumadoras de suyo, aun han de añadirse las complicaciones que se ofrecen en perspectiva; las exigencias que puede traer el nuevo representante de los Estados Unidos, las amenazas de los partidos que mantienen la protesta viva contra el régimen establecido, la zozobra y el malestar que cunde entre las clases productoras.

Perspectivas más negras se ofrecen aún; el abismo no se llena, y en el Palacio de Buenavista se hacen los preparativos para nuevas expediciones; más brazos que se arrancan á la producción en España, aumento en la deuda por transportar á Cuba esos soldados que servirán para aumentar el número de víctimas, el llanto y la miseria en miles de hogares aquí, la desolación y el exterminio allá.

Un esfuerzo supremo

Ha llegado el momento de que la opinión pública se manifieste por modo claro y potente y de que en sus manifestaciones halle norte seguro el Gobierno.

Los hechos quedan presentados escuetos, sin galas retóricas que aumenten las proporciones.

Del examen del pasado, salta á la vista que los monarcas españoles legislaron sabiamente para América; en todas sus disposiciones échase de ver que sus miras fueron elevadas y que más bien que interés sintieron verdadero cariño por los habitantes del Nuevo Mundo; pero aquellos preceptos fueron, con raras excepciones, mal aplicados; dejáronse llevar por su desmedida codicia los inmigrantes, desde su llegada á los nuevos territorios, y el descubri-

miento de América fué para España un mal muy grave; sirvió para corromper las costumbres, alentó el espíritu aventurero, motivó la despoblación de comarcas enteras é hizo nacer la idea de que más fácilmente que por el trabajo constante y la continuada labor, podía adquirirse el bienestar, cuando no una brillante fortuna, con la explotación de las riquezas fabulosas que al alcance de la mano hallábanse en las tierras que se iban descubriendo.

Llevado el examen á época más reciente, salta á la vista que España no pudo colonizar los territorios que le quedaron después de proclamarse independientes sus principales posesiones en América; ella misma no estaba constituída y carecía de los elementos que la obra de la colonización reclama.

Y últimamente, no ha sido necesario más que recordar hechos muy recientes para llegar al convencimiento de que se han empleado todos los medios contrarios para hacer España en Cuba y para evitar el peligro, que ahora se presenta bien claro, de una lucha de razas.

Del pasado, no hay para qué hablar; la Historia dará su fallo, y acaso los desaciertos que

señale sirvan de saludable enseñanza á otras generaciones ó á otros pueblos.

El presente, obra es de los que hoy viven. España no ha terminado su historia; en los momentos actuales, acumula hechos para que pueda escribirse uno de sus capítulos y será en bien ó en mal para los españoles, según éstos procedan.

La honra y el porvenir de España están en litigio allá en las escabrosidades de la manigua cubana; en la contienda no se emplean razones; sacrifícanse vidas y se consumen millones que España ha de pedir prestados, lo cual aumenta la ruina; es necesario, es forzoso que la lucha termine.—¿Cómo?—Eso es lo que ha de manifestar la opinión pública.

Dos políticos de valía, dos hombres de fácil palabra y de claro entendimiento, los señores Silvela y Moret han iniciado el movimiento para que la opinión se manifieste. Las reuniones en que uno y otro han hablado han sido como sacudidas al sentimiento público que permanecía casi aletargado; ahora, el despertar será fácil y sereno si al pueblo se le agita nuevamente con la prudencia necesaria.

Habla el primero como jefe de un partido que se está formando y que ha desplegado una bandera por todo extremo simpática; lleva como lema estas palabras: MORALIDAD ADMINISTRATIVA; SELECCIÓN DE AQUELLOS POLÍTICOS QUE DE LOS CARGOS PÚBLICOS HACEN UNA GRANJERÍA. El segundo ha expuesto su pensar en nombre del partido liberal y en representación de su jefe ilustre, y ambos han coincidido en este punto: **En que es necesario poner término á la insurrección de Cuba.**

El Sr. Silvela, como procedente del partido conservador, trae dejos del pesimismo del que fué su jefe, y se pregunta si es llegada la hora de intentar una liquidación en lo que á Cuba se refiere para poner en claro si es conveniente que Cuba pierda á España ó que España pierda á Cuba.

No deja de ser esto una solución, desde el punto mismo en que el orador ilustre desconfía de la eficacia de las reformas que ahora puedan llevarse á la isla.

Examinado el asunto de este modo, acaso no faltarán razones para aconsejar el abandono de los derechos que tiene España á la soberanía de Cuba.

Podría, en primer término, alegarse que la guerra, tal como se viene haciendo, no es posible prolongarla; cuanto más se extienda la devastación, más difícil se hará la estancia de las tropas en el país y no por eso disminuirá el número de insurrectos; pues no es posible que la tala se extienda de tal modo, que acabe con toda la manigua. Que no dispone el Gobierno de medios para mantener en pie de guerra más de doscientos mil hombres, allá en aquel territorio, en donde todo cuesta tan caro y que se corre el riesgo de que, andando el tiempo y en vista de la inutilidad del valor desplegado, y de los sacrificios realizados y de las penalidades soportadas, la disciplina se relaje y la moral del Ejército sufra algún quebranto.

Quedarían por examinar otras razones, después que se hubieran expuesto los anteriores argumentos.

Facilitaría por todo extremo la terminación de la guerra, se diría, impedir á los Estados Unidos que sigan prestando auxilios á los insurrectos; mas, semejante exigencia, se añadiría á continuación, habría de traer forzosamente una ruptura de relaciones con aquella poten-

cia, é importa saber de antemano si España puede aprestar en pocos días los elementos de combate necesarios para declararles la guerra á los norteamericanos.

Así, examinado el asunto, el ánimo decae; siéntese calor en las mejillas y ciérranse los ojos para no ver la negrura de que se va cubriendo el horizonte.

Para practicar una liquidación en esa forma, sería menester que el pueblo español fuese más reflexivo de lo que es y que pudiera olvidar lo que ha sido.

Más conforme con la naturaleza de los españoles ha de parecer la solución presentada por el Sr. Moret, en representación del partido liberal y en nombre de su jefe.

Yendo con el Sr. Moret ha de llegarse á la paz por el mejor camino que se puede seguir; por el de la reconciliación entre peninsulares é insulares, después del abrazo, para el que se preparan el jefe del partido liberal y los cubanos que gozan de la influencia necesaria para hacer que los insurrectos depongan las armas; la lealtad del Gobierno de la Metrópoli, secun-

dada por los cubanos, no tardará en hallar bálsamo que cicatrice las heridas abiertas.

La idea de la paz por el camino de las concesiones responde á los antecedentes y al propio modo de ser del partido liberal. Cierto que sus hombres han cometido yerros, pero no lo es menos que son dignos de indulgencia cuando se disponen á enmendarlos. Quien reconoce su error lleva mucho adelantado para subsanarlo, y habiendo confesado su equivocación los que la sufrieron de entre los liberales, los efectos no se han de hacer esperar si la opinión presta su apoyo á este partido.

¡La paz! es decir, el término de esas correrías que allá en Cuba llenan de cadáveres el suelo y extienden la devastación por el espacio, y acá en la Península llevan el luto á los hogares y la ruina á la Hacienda pública; ¡la paz! que ha de contener el vandalismo de las clases de color, que ha de someterlas á la vida ordenada del progreso, convirtiendo á sus individuos en seres útiles á la obra de la civilización; ¡la paz! en fin, que hará de cubanos y peninsulares una familia sola, prestándose mutuo apoyo, y desbaratando los planes de esa nación

que por verse rica se considera con bríos suficientes para arrancar de la punta del Morro, en la Habana, la enseña de los castillos y de los leones.

Un hecho execrable hizo que la pluma se detuviera al señalar el punto conque termina la línea que antecede.

El jefe del Gobierno, Cánovas del Castillo, acababa de morir, asesinado por un anarquista. La noticia paralizó el movimiento de la mano, y la inteligencia del que esto escribe perdió la serenidad necesaria para seguir discurriendo.

Pasado el estupor, recobrada la calma, lo primero en que se fija el pensamiento es en el desconocimiento absoluto en que aquí se vive, en lo que á la opinión pública se refiere.

Ni la más leve señal había de que en un momento determinado pudiera llegarse á la turbulencia, y el Gobierno, así que tuvo conocimiento del atentado cometido en la persona de su jefe, adoptó medidas extraordinarias, temiendo que la tranquilidad en las calles, el orden público pudieran verse alterados.

El crimen perpetrado allá en las soledades

de un balneario, ha puesto de manifiesto muchas cosas, pero ninguna con tanto relieve como esta del alejamiento en que vive de la opinión pública el Gobierno.

Si éste contara con el apoyo de la mayoría de sus gobernados, seguramente no le hubieran asaltado los temores que turbaron su tranquilidad así que tuvo noticia del trágico fin de su jefe; firmes en sus puestos y sin llegar á los extremos de precaución á que llegaron, hubiesen permanecido los Consejeros responsables, y los ciudadanos no se preguntarían qué es lo que de ellos se temió.

Y cuando se atraviesa una situación tan complicada, cuando en uno y en otro hemisferio está en litigio la soberanía de España y sus hijos leales perecen allá víctimas del plomo ó de las enfermedades, aquí, los que se engalanan con el pomposo título de hombres de gobierno, andan á la greña por cuál de ellos ha de alzarse con la jefatura de un partido, cargo que trae aparejada consigo la omnipotencia personal, y los gobernantes toman participación en la contienda llevados del deseo de que

salga vencedor aquel que pueda inclinarse á dejarles en los puestos que ocupan.

La prensa periódica, que podría ser fiel reflejo de la opinión, después de haberse desmentido á sí misma extremando, hasta convertirlas en ditirambos las alabanzas al que ayer combatió en todos sentidos, abandona el trabajo de indicar los medios conducentes al restablecimiento de la paz y nutre sus columnas relatando hasta los menores incidentes de esa lucha por la jefatura del partido conservador.

La experiencia tiene demostrado, que siguiendo el plan trazado por el que fué jefe de los conservadores, á la paz no se llega.

El partido liberal, por sus antecedentes, por su significación y por las relaciones que algunos de sus hombres más importantes mantienen con otros que pueden influir en favor de la paz, bien puede ser el llamado á poner término á la lucha que en Cuba se sostiene; un orador ilustre de aquel partido, según anteriormente queda dicho, en representación del mismo partido, y en nombre de su jefe, ha hecho públicamente declaraciones que han sido bien acogidas por peninsulares é insulares; ¿por qué

la creencia no se ha de manifestar, y por qué no se ha de pedir que las declaraciones, las promesas puedan realizarse?

El camino para que la opinión pública se manifieste se halla expedito; la ocasión es oportuna y perentoria la necesidad de la manifestación; en todas las poblaciones de alguna importancia celébranse reuniones, en las cuales quede acordado por unanimidad que el país no puede soportar por más tiempo esta pesadumbre que le abruma y que es llegado el momento de que cese en Cuba la devastación que consigo trae la guerra y en la península los quebrantos que ésta ocasiona.

Cuanto más se tarde en llegar á la paz, mayores serán el empobrecimiento de la Hacienda española y las deudas que ésta contraiga; ahora mismo asombra el aumento en el presupuesto de Guerra por consecuencia de los ascensos y de las cruces pensionadas que se han concedido; el número de generales ha subido en más de un tercio, desde que comenzó la guerra, y se han improvisado allá en Cuba las carreras como nunca se había visto; de aquel estado de cosas pueden surgir muy graves

complicaciones, pues ya se susurra que allá unos sufren mientras otros realizan muy buenos negocios; que la campaña sirve para que algunos se enriquezcan y que la desmoralización se ha extendido por todas partes.

Del llamado partido constitucional ya se ha visto que poco puede esperarse; en él militan los que han hecho que el billete sufra mayor depreciación que en la pasada guerra, los agiotistas que se aprovechan de las circunstancias, los que consiguen las contratas lucrativas, todos, en fin, los que se aprovechan de la guerra para enriquecerse: ¿qué interés han de tener los tales en que la paz renazca?

Pero aquí están interesados en que la lucha termine todos los peninsulares, porque de aquí se arrancan brazos á la producción, de aquí sale el dinero que se consume en la campaña, y hasta el momento presente, los resultados que se palpan no son otros que la vuelta de muchos generales recién ascendidos, el gravamen que produce en el presupuesto la profusión de cruces pensionadas que se han concedido y miles de soldados inútiles que regresan á sus hoga-

res para aumentar en ellos la miseria que es ya insoportable.

El tiempo que se pierda representa sangre y dinero; esto es lo que se ha de hacer entender allí en donde conviene que se sepa; y esta obra, las colectividades que representan las fuerzas vivas del país, deben realizarla.

Un esfuerzo supremo puede salvar á Cuba; seguir como hasta aquí equivale á labrar su ruina y la de España: Cuba con un régimen autonómico, lealmente aplicado, será española por convencimiento y por gratitud; empuje, pues, la opinión al partido que ofrece llevar allá esa forma de gobierno, en la seguridad de que en las más elevadas regiones del Estado, allí donde se juzga con serenidad, no ha de ser desatendido el clamor público.

Madrid, Agosto 1897.

